

Las cosas raras

Andrea Maturana





<https://cuentosinfantiles.top>

Ese día lunes, Ati se despertó algo extraña. Al menos para los demás. Para ella había una misión urgente que cumplir. Antes de que el despertador sonara se sentó en la cama, entre dormida y despierta, como poseída por una idea escalofriante: ¿Tendrán memoria los objetos?

Algo o alguien en su sueño, o quizás entre sus sueños, le había soplado la pregunta, y la idea la atraía tanto como la aterraba.

Cuando su papá entró a despertarla, dispuesto a entonar silbando alguna melodía, como siempre, Ati ya estaba así, sentada en la cama con los ojos como platos. Se veía tan pálida que a su papá alcanzó a darle susto.

—¿Estás bien? —atinó a preguntarle.

—Bien, bien —contestó ella, pero no logró sonreír, aunque lo intentó bastante.

—Okey —le dijo inseguro su papá—, en quince minutos te esperamos para desayunar.

“Quince minutos”, pensó Ati, “tengo solo quince minutos”.

Si bien tenía todo el día para llevar a cabo su plan, la mañana era una parte muy importante, porque si los objetos de verdad tenían memoria, pensaba, serían justamente los objetos de su casa los que más la “conocerían”.

Decidió que lo mejor sería intentar engañarlos y, a la vez, estar increíblemente atenta a sus reacciones, para ver si hacían algo que indicara su desconcierto.

Todo esto mientras se sacaba las lagañas, se tropezaba con los muebles de su pieza buscando su ropa y echaba cualquier cosa dentro de su mochila para el colegio, porque sabía que el tiempo era limitado y tenía que actuar rápido.

A poco andar se dio cuenta de que, por apurona, había perdido la batalla con los objetos de su propia pieza, que eran los más familiares. Pero ni modo, ya la habían visto despertarse, así que la batalla estaba perdida de antemano.

Después de vestirse (con la polera del uniforme de atrás para delante), decidió que lo mejor

sería sacar de su cajón de disfraces el sombrero más raro que tenía y una nariz con bigote, anteojos y supercejas. El uniforme también había que esconderlo, así que se puso encima una túnica que alguna vez había usado para disfrazarse de uno de los reyes magos. Estaba segura de que así nadie podría reconocerla.

Se asomó al pasillo para comprobar si estaba limpia la salida y corrió al baño. Su primer candidato era, por supuesto, el espejo.

Entró al baño como si nada, pero detrás de esos hermosos anteojos de plástico, sus ojos captaban cada detalle, cada pequeño movimiento. Se puso frente al espejo atenta a cualquier arruguita, a cualquier tufo espejístico que pudiera delatar la sorpresa del antiguo espejo que siempre había estado allí.

Pero nada. Ahí quedó el espejo, quieto y callado.

No se dio por vencida. Siguió arreglándose las megacejas como si nada. Quizás los objetos eran más lentos.

Después de intentarlo un buen rato, se rindió y bajó a tomar desayuno. ¿O quizás algunos eran muuuy inteligentes?

Los que claramente sí tenían memoria eran sus padres, su hermano guagua y su gato, que manifestaron su impresión de modos distintos pero todos perceptibles. La guagua hizo un puchero históricamente único y se largó a llorar, el gato huyó con los pelos del lomo erizados y emitiendo todo tipo de sonidos y sus padres se quedaron mirándola con los ojos tan abiertos como los de ella misma al despertar. Eso fue por un segundo. Al poco rato, a su mamá le vino un ataque de risa masivo. Su papá intentó mantener el orden.

—Ati, hoy estás un poco rara —le dijo—. En veinte minutos te pasa a buscar el transporte escolar, y sospecho que no te van a dejar entrar así al colegio.

—Mfff —gruñó Ati. No quería que nada la distrajera, aunque estaba difícil entre los ruidos del gato, el llanto de la guagua y la risa de la mamá.

Se sentó a propósito en una silla que no era la que usaba siempre, pero no sintió ningún movimiento especial, ningún acomodo que delatara que la silla no entendía lo que pasaba. Tomó su cuchara y se la puso delante hasta encontrar su propio reflejo (de verdad se veía muuuy fea con bigotes, anteojos plásticos y cejas de señor, más encima deformada por la cuchara), pero la cuchara ni se dobló, ni se opacó... Claro que no pudo saber si hizo algún ruido, porque la guagua seguía llorando.

Cuando sonó el timbre, Ati ni siquiera había alcanzado a terminar su desayuno. Corrió a su pieza tragándose el cereal, se sacó el disfraz y el sombrero tan rápido que quedó más despeinada que nunca, se puso la mochila llena de cosas que no necesitaba y corrió a la puerta.

El resto del día no logró concentrarse nunca en su plan de distraer a los objetos porque todo lo que escuchó fue “¡Ati!”, “¡Ati!”, “¿Qué es ese peinado?” “¿Qué te pasa?”, “Por favor pon atención”, “Date vuelta la polera”, “Ese no es tu banco”, “Esa no es tu percha”, “Ese no es el

libro que tenías que traer”, “A la inspectoría”, “Fuera de la sala”.

No me dejan desarrollar mi espíritu científico, pensó ella, cuando la sacaron de la sala y tuvo que encontrar una banca donde sentarse. Pero aun así como estaba, algo triste y frustrada, decidió no sentarse en el banco acostumbrado, sino en la vieja banca de piedra en que se sentaba siempre Lucas, su compañero que todo el día comía semillas de maravilla y andaba dejando un rastro de cáscaras tras él. Ahí estaban, de hecho, las cáscaras de Lucas.

En el patio no había nadie.

Todo estaba en silencio, salvo por los pajaritos que cantaban y los autos que pasaban a lo lejos.

Se sentó en el banco y suspiró.

Y entonces, muy despacito, le pareció que el banco también suspiró, un suspiro como de roca antigua, imperceptible al oído humano, una especie de latido de un corazón que late una vez cada cien años.

Se quedó helada sobre la banca. Inmóvil. Suspiró de nuevo. Nada. Entonces pensó que probablemente lo había inventado.

Llegó a la casa cansada y sobre todo desanimada, y los intentos que hizo por sorprender a los objetos ya no fueron con tantas ganas. Hizo las tareas en el escritorio de su mamá en el vez del suyo, tiró el papel higiénico en el basurero en vez de en el wáter, se lavó los dientes sin pasta, comió en el plato de la guagua, no miró tele, leyó (nunca leía) sentada en el suelo del pasillo.

Pero nada.

Cuando se fue a dormir, ya tenía claro que había sido un sueño, y que afortunadamente los objetos no tenían memoria. Aunque algo en ella habría preferido que sí la tuvieran. Los únicos que la miraban raro eran sus papás y el gato. La guagua estaba dormida.

Decidió, como último intento, dejar la luz encendida durante la noche. Y trató de olvidar ese pequeño suspiro, el de la banca de piedra del colegio.

Finalmente lo logró.

Después se durmió muy rápido. Estaba agotada.

Pero hubo quienes no pudieron dormir, y fueron justamente los objetos.

La polera, porque estaba muy mareada (como si hubiera tenido un día al revés).

Y los demás se quedaron toda la noche despiertos en busca de un solo pensamiento.

La verdad es que sí son lentos. Cuando llegó la mañana, solo algunos habían alcanzado a completarlo: Qué día tan raro.

FIN



<https://cuentosinfantiles.top>